

TRADUCCIÓN

TOSHISHUN

AKUTAGAWA RYÛNOSUKE

Traducción del japonés de
VIRGINIA MEZA H.

Sobre el autor

Akutagawa Ryûnosuke (1892-1927) es uno de los escritores japoneses más conocidos en su país y también internacionalmente. A lo largo de sus pocos años de vida escribió una gran cantidad de cuentos sobre los temas más diversos. Como argumento de algunas de sus obras, Akutagawa recrea magistralmente algunas narraciones provenientes del *Konjaku Monogatari*, colección de relatos antiguos de los siglos XI y XII, o del *Ujishûi Monogatari*, cuentos recogidos en Uji pertenecientes a los siglos XII y XIII, y también de los clásicos chinos.

“Toshishun” fue publicado por primera vez en 1920 en la revista *Akaitori*. Se basa en un relato legendario y fantástico chino, cuya autoría se atribuye a Zheng Huangu, convertido por Akutagawa en un cuento para niños.

En esta traducción he dejado en japonés el nombre de Toshishun, protagonista de este cuento —en chino es *Duzichun*—, así como también el del genio ermitaño Tekkanshi; *Tieguanzi*, en chino. Para los lugares se conserva el nombre chino.

TOSHISHUN

I

Es el anochecer de un día primaveral.

Bajo la puerta oeste de Luoyang, capital de la dinastía Tang, un hombre joven mira el cielo con aire distraído.

Su nombre es Toshishun. Su padre era un hombre rico, pero el joven dilapidó su fortuna y ahora su posición es tan miserable que está en apuros para pasar el día.

Luoyang, en aquel entonces, era un lugar sin igual en el mundo, una capital muy próspera y por sus calles transitaban todo el tiempo personas y carros. En medio de la luz crepuscular, que como aceite se extiende de lleno sobre la puerta, circulan sin cesar todo tipo de personajes: un anciano con un sombrero de gasa de seda, una mujer turca con aretes de oro, o bien un caballo blanco adornado con una rienda hecha de hilos de colores. De verdad, es una escena tan bella como una pintura.

Sin embargo, Toshishun, desde antes, recargado en la puerta, únicamente contempla el cielo con un aire distraído. La delgada Luna, como un rasguño, flota en el firmamento mostrando tenuemente su blancura, entre la bruma que se extiende con suavidad.

—Está oscureciendo y ya tengo hambre. En ningún lugar, no importa dónde vaya, me darán alojamiento. Si voy a vivir así, tal vez será mejor que me lance al río y muera de una buena vez.

Toshishun, solo, desde hace un rato medita sobre esta loca idea.

De repente, sin saber de dónde había salido, ahí estaba un anciano, tuerto y bizco, quieto frente a él. Su cuerpo, al recibir la luz del sol poniente, proyectaba una enorme sombra sobre la puerta. Mira a Toshishun a la cara fijamente.

—¿En qué piensas? —Se dirige a él con altivez.

La forma de preguntar del anciano había sido repentina, por lo que Toshishun, como era natural, bajó la vista y sin pensarlo le contestó con franqueza.

—¿Yo? Como no tengo dónde dormir esta noche, estaba pensando qué hacer.

—¿De verdad? Pobre de ti.

El anciano por un momento pareció pensar en algo y poco después, señalando la luz del atardecer que daba sobre la calle, dijo:

—Entonces te enseñaré algo bueno. Ahora ponte de pie en medio de esta luz: tu sombra se proyectará en el suelo; sería bueno que en la noche vengas a cavar en el lugar que corresponda a tu cabeza. Con seguridad habrá tanto oro enterrado como para llenar una carreta entera.

—¿Es verdad eso? —Toshishun, sorprendido, alzó la vista que hasta entonces había mantenido baja, pero sucedió algo aún más extraño: el anciano había desaparecido, y por ningún lado quedaba rastro de él.

En su lugar, en el cielo, la Luna es aún más blanca que antes, y sobre la calle animada, por la que no deja de pasar gente, dos o tres murciélagos precipitados vuelan en círculos.

II

Toshishun, en un solo día, se convirtió en el hombre más rico de Luoyang. Durante la noche, cavó a hurtadillas en el sitio donde se había proyectado la sombra de su cabeza y, tal como le había dicho el anciano, encontró un montón de oro que apenas cabía en una carreta grande.

Convertido en un hombre rico, enseguida se compró una casa imponente y comenzó a llevar una vida de lujos que no difería mucho de la del emperador Xuanzong.¹ Mandaba comprar licor a Lanling, o bien encargaba de Guizhou frutos de longan; hizo plantar en su jardín peonías que cambiaban de color cuatro veces al día, criaba en libertad muchos pavos reales blancos, coleccionaba piedras preciosas, ordenaba que le confeccionaran prendas de brocado. Mandó construir un carruaje de maderas aromáticas; mandó hacer sillas de marfil... si enumerara aquí cada uno de sus lujos nunca acabaría.

¹ Xuanzong, 685-762, emperador de la dinastía Tang.

Al escuchar tales maravillas, mañana y tarde empezaron a visitarlo amigos, quienes hasta ese momento ni siquiera le dirigían el saludo al cruzarse con él en la calle. Día con día, su número iba en aumento, al grado que, no bien hubo transcurrido medio año, entre de los afamados hombres de talento y entre las hermosas mujeres de la capital Luoyang no había nadie que no lo visitara. Toshishun todos los días se encontraba de juerga con estos visitantes. Es difícil expresar con palabras lo populares que se volvieron esas parrandas, aunque lo mencione sólo de una forma bastante sucinta: tenemos la escena en la que el joven se sirve en una copa de oro un vino traído de Occidente, y mira embelesado el arte de un mago tragasables nacido en la India mientras lo rodean veinte mujeres, diez llevan el pelo adornado con flores de jade y diez, con peonías hechas de ágata, y ejecutan alegremente música con flautas y arpas horizontales.

Sin embargo, no importa qué tan rico se sea; puesto que el dinero tiene límites, es natural que también el derrochador Toshishun, en el lapso de uno o dos años, gradualmente comenzara a quedarse en la miseria. Así, dado que el ser humano es insensible, aun los amigos que hasta el día de ayer venían, hoy pasan de largo frente a su puerta sin detenerse a saludarlo. Y aún más, en la primavera del tercer año finalmente se quedó sin un céntimo, igual que antes. En la extensa capital Luoyang no había ninguna casa que le brindara alojamiento. Lejos estaban los pobladores de darle albergue, ni siquiera un tazón de agua.

Por tal razón, al atardecer de cierto día, Toshishun, una vez más, de pie bajo la puerta oeste de Luoyang, miraba al cielo de manera ausente sin saber qué hacer. En eso, al igual que en el pasado, de algún sitio apareció el anciano tuerto y bizco.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

Al ver la cara del viejo, como avergonzado, guardó silencio por un rato con la vista baja. También en esta ocasión el anciano habló con amabilidad y repitió la pregunta con las mismas palabras, por lo que aquél contestó, temerosamente:

—No tengo dónde pasar la noche, por lo que estoy pensando qué voy a hacer.

—¿De verdad? Pobre de ti. Entonces te voy a enseñar algo bueno. Ponte de pie en medio de la luz del atardecer cuando

tu sombra se proyecte en el suelo; por la noche, ven a cavar en el lugar que corresponde a tu pecho. Con seguridad habrá tanto oro enterrado como para llenar una carreta.

No bien acababa de decir esto, cuando el anciano desapareció entre la multitud como si se esfumara.

Al día siguiente, Toshishun se volvió el hombre más rico sobre la Tierra. Simultáneamente y como antes, empezó con sus caprichosas extravagancias: las peonías que florecen en el jardín, los pavos reales blancos que ahí duermen, el mago tragasables venido desde la India... todo igual que antes.

Por lo tanto, ese abundante oro que colmaba una carreta también se agotó completamente, en tres años.

III

—¿En qué estás pensando?

Por tercera vez el anciano tuerto y bizco estaba frente a Toshishun y le hacía la misma pregunta. Por supuesto que él permanecía de pie bajo la puerta oeste de Luoyang, contemplando distraídamente la luz de la Luna en cuarto creciente, que apenas rasgaba la niebla.

—¿Yo? No tengo dónde pasar esta noche y estaba pensando qué hacer.

—¿De veras? Pobre de ti. Entonces te voy a enseñar algo bueno. Ponte de pie en medio de la luz del crepúsculo cuando tu sombra se proyecte en el suelo; esta noche cava en el lugar que corresponda a tu vientre, con seguridad una carreta llena...

Cuando el anciano estaba diciendo esto, el joven alzó las manos e interrumpió sus palabras.

—No, ya no necesito dinero.

—¿Ya no quieres dinero? Hummm... pues parece que por fin ya te hartaste de los lujos.

El anciano, con extrañeza, lo miró fijamente a la cara.

—No, no es que ya esté cansado de los lujos, sino que estoy asqueado de los seres humanos.

Toshishun dijo esto bruscamente poniendo cara de disgusto.

—Qué extraño. ¿Pero por qué estás asqueado de los seres humanos?

—Los humanos, todos, son desalmados; cuando te vuelves rico te colman de adulaciones y lisonjas, pero una vez que eres pobre no te muestran para nada una cara amable. Si pienso en ello, me parece que no tendría ningún caso volver a ser rico otra vez.

Al escuchar las palabras del joven, el anciano empezó a sonreír burlonamente.

—¿Ah, sí? Tú no eres como los demás jóvenes; eres un hombre que comprende admirablemente las cosas. Entonces, de ahora en adelante, aunque seas pobre, ¿piensas llevar una vida apacible?

Toshishun vaciló un poco; alzó la vista con decisión y miró al anciano a la cara, como suplicándole.

—En este momento tampoco lo puedo hacer; por eso, quiero ser su discípulo y aprender los secretos de la inmortalidad. No, no debe ocultarlo: usted es un genio de la montaña y posee altas virtudes, ¿no es así? Si no lo fuera, no sería posible que en una noche me hiciera el hombre más rico sobre la Tierra. Por favor, se lo ruego, sea mi maestro y enséñeme las extrañas artes de los genios de las montañas.

El viejo permaneció por un momento en silencio, con el entrecejo fruncido; parecía estar pensando algo. Poco después rió de nuevo:

—En efecto, vivo en el monte Emei, soy un genio de la montaña y me llamo Tekkanshi. Cuando vi tu cara por primera vez, en cierta forma me pareció que eras una persona de buen entendimiento, por lo que hasta en dos ocasiones te convertí en un hombre riquísimo; si tanto quieres ser un genio ermitaño, te tomaré como mi discípulo.

Así, de buena gana accedió a su ruego.

Toshishun se alegró muchísimo y antes de que el anciano terminara de hablar, una y otra vez puso su frente en el suelo en señal de agradecimiento.

—No, no me lo agradezcas así. Aunque yo te haga mi discípulo, dependerá de ti convertirte en un genio; de todos modos, antes que nada, estaría bien que vinieras conmigo a lo más profundo del monte Emei. ¡Oh, qué suerte, aquí hay una

vara de bambú; así que de inmediato móntate en ella y crucemos el cielo de un vuelo!

Tekkanshi recogió la rama verde de bambú que estaba tirada y musitando entre dientes unas palabras mágicas, junto con Toshishun, montó sobre la vara como si fuera un caballo. Al hacerlo, ¡qué cosa más extraña!, la vara de bambú, enseguida, con brío, se elevó girando, como un dragón, hacia el vasto firmamento, y se alejó volando por el raso cielo crepuscular de primavera, en dirección al monte Emei.

Toshishun, atónito, miró hacia abajo temerosamente, pero lo único que se observaba allá, en el fondo de la luz crepuscular, eran las montañas azules. Aquella puerta oeste de la capital Luoyang, tal vez envuelta por la bruma, ya no se veía por ningún lado. Mientras tanto, Tekkanshi, a quien el viento hacía ondear los cabellos de sus blancas sienes, comenzó a entonar una canción en voz alta:

Por la mañana, ando por los mares del norte, por la tarde estoy en el monte Cangwu, en el sur.

Dentro de la manga llevo una serpiente verde, vuelo con libertad y soy formidable.

Aunque vaya tres veces a Yueyang, nadie se percata de mí.

Cantando en voz alta, paso volando sobre el lago Dongting.

IV

Poco tiempo después, el bambú verde en el que iban montados, dando giros, descendió en el monte Emei.

Ahí, sobre una ancha roca que daba a una hondonada profunda. Se veía que era un lugar bastante alto, y la estrella polar que colgaba en medio del cielo brillaba casi del tamaño de un tazón. Por ser una montaña inexplorada, en los alrededores reinaba un silencio absoluto, y lo único que llegaba a los oídos era el sonido que producen las ramas retorcidas de un pino que había crecido en el acantilado, atrás de ellos, al ser mecidas por el viento de la noche.

Cuando ambos llegaron a esta roca, Tekkanshi hizo que Toshishun se sentara al pie del acantilado y le dijo:

—En este momento, iré al mundo celestial a visitar a Xi Wangmu,² quédate ahí sentado y espera a que yo regrese. Quizá, cuando me vaya, aparecerán diversos seres demoniacos que tratarán de engañarte; no importa lo que ocurra, no vayas a decir nada. Date cuenta de que si una sola palabra sale de tu boca, nunca podrás convertirte en genio. ¿Entendiste? Aunque el mundo se caiga, guarda silencio.

—Está bien, no abriré la boca para nada; aunque muera, me quedaré callado.

—Bien, me tranquiliza oír eso. Entonces, me voy.

El anciano se despidió de Toshishun. De nuevo, se montó a horcajadas en la vara de bambú y se dirigió hacia el cielo, en dirección de las montañas escarpadas que se veían en el firmamento nocturno, y así desapareció en línea recta.

Toshishun se quedó solo, sentado sobre la roca; en calma, contemplaba las estrellas. Cuando apenas había pasado una hora, el aire nocturno de la montaña comenzó a colarse, inclenamente, por su delgado kimono, y una voz que provenía del cielo lo reprendió.

—¿Quién es ése que está ahí?

Pero él no contestó, tal como se lo había advertido el genio.

No obstante, un rato después volvió a retumbar la misma voz, que lo amenazó severamente.

—Si no contestas enseguida serás hombre muerto.

Por supuesto, permaneció en silencio.

En eso, un tigre de ojos centelleantes que sin saberse por dónde había subido, saltó de pronto sobre la roca, lo miró fijamente y emitió un fuerte rugido. No sólo eso, sino que, al mismo tiempo, Toshishun se dio cuenta de que las ramas de pino que estaban sobre su cabeza se agitaban violentamente y crujían. Desde lo alto del acantilado, a sus espaldas, una enorme serpiente blanca, de casi un metro de diámetro, se acercaba rápidamente y sacaba la lengua como si lanzara llamas.

Toshishun, no obstante, permaneció sentado, impasiblemente, sin mover ni una ceja.

² Xi Wangmu: Reina madre del Oeste, una de las deidades más antiguas de China. Según la mitología, vive en las montañas Kunlun, en el lejano oeste, límite entre el cielo y la tierra.

El tigre y la serpiente observaban a su presa, ambos estaban al acecho de un descuido del otro, con aire de rivalidad. Pronto los dos, a la vez, se abalanzaron sobre el joven. Pero cuando pensó que su vida en un abrir y cerrar de ojos llegaría a su fin destrozado por los colmillos del tigre o tragado por la lengua de la serpiente, las dos fieras se esfumaron junto con el viento nocturno, como si se tratara de niebla. Después, sólo el pino del acantilado, al igual que antes, hacía sonar sus ramas. Respiró aliviado y estaba en espera de lo qué ocurriría después.

En eso, sopló una ráfaga de viento y todo el cielo se cubrió de nubes negras como el carbón, un relámpago color morado claro súbitamente partió en dos la oscuridad y espantosos truenos empezaron a estallar. Pero no, no eran únicamente rayos; al mismo tiempo, de repente, una imponente lluvia comenzó a caer como cascada. En medio de estas calamidades naturales, él permaneció sentado, sin intimidarse. El aullido del viento, el rocío de la lluvia y la luz de los relámpagos no cesaban; tal parecía que hasta el monte Emei se vendría abajo. Pero en eso, en el momento en que retumbó un gran trueno que casi le reventó los tímpanos, una columna de fuego que salió de las nubes negras que se arremolinaban en el cielo, comenzó a descender en dirección a su cabeza.

Él, sin pensarlo, se tapó los oídos y se echó sobre la roca. Sin embargo, de inmediato, cuando abrió los ojos, el cielo estaba completamente despejado, como antes, y sobre las montañas que se elevaban a lo lejos brillaba deslumbrante la estrella polar del tamaño de una taza de té. Pensándolo bien, la gran tormenta que acababa de pasar, al igual que aquel tigre y aquella serpiente blanca, había sido obra, sin duda, de los demonios que se habían aprovechado de la ausencia del anciano genio. Toshishun, por fin, se tranquilizó, y mientras se enjugaba el sudor frío de la frente, se volvió a sentar sobre la roca.

Pero, antes de que su suspiro desapareciera, esta vez, frente a él, que estaba sentado, apareció un majestuoso guerrero celestial que debe haber tenido unos diez metros de altura y llevaba una armadura de oro. Traía en la mano un tridente. Súbitamente, dirigió la punta del arma al pecho de Toshishun y con ojos llenos de furia lo reprendió.

—Oye, ¿tú quién eres? Este monte Emei es el lugar donde habito desde la remota creación del universo. Quien haya entrado aquí, solo y sin atemorizarse, no puede ser humano. Si en algo aprecias tu vida ¡contesta ya!

No obstante, el joven hombre, tal como se lo había indicado el anciano, permaneció en silencio.

—¿No vas a responder? ¿No? Está bien. Haz como quieras. A cambio de eso, mis hombres te harán trizas.

El guerrero alzó el tridente y dirigiéndose al cielo de la montaña llamó a lo lejos. En ese instante, la oscuridad se rasgó y, para su sorpresa, de repente, un sinnúmero de soldados divinos llenó el cielo como si fueran nubes. Todos ellos hacían brillar sus lanzas o sus espadas, preparados para atacar en cualquier momento, como una avalancha.

Al ver esta escena, sin querer, Toshishun estuvo a punto de gritar. Pero enseguida de nuevo recordó las palabras de Tekkanshi y con grandes esfuerzos se quedó callado. El guerrero celestial, al ver que el otro no se intimidaba, montó en cólera.

—¡Este testarudo! Si no me contestas, te quitaré la vida como te lo advertí.

En cuanto lanzó este grito, el guerrero de los dioses hizo centellear su tridente y de un golpe mató a Toshishun. Entonces, soltando una estruendosa carcajada que hizo estremecer aun al monte Emei, desapareció, quién sabe por dónde. Por supuesto, en este momento el contingente de los soldados divinos ya se había esfumado, como un sueño, junto con el silbido del viento nocturno que soplaba.

La estrella polar empezó a brillar fríamente sobre la roca, y al igual que momentos antes, el pino del acantilado hacía crujir sus ramas. Toshishun ya tenía un rato de haber exhalado el último suspiro y yacía ahí boca arriba.

V

El cuerpo de Toshishun permanecía tendido de espaldas sobre la piedra, pero su alma serenamente se separó y descendió hasta el fondo del infierno.

Hay un camino que une este mundo con el infierno, es llamado “el camino de la caverna de las tinieblas”. Ahí, el cielo está eternamente oscuro y un viento helado como hielo sopla con violencia y brama. El joven, arrastrado por el aire en movimiento, durante un rato se fue flotando por el cielo, simplemente como una hoja de árbol. Poco después, llegó frente a un espléndido palacio en el que estaba colgado un cuadro donde estaban escritas las palabras Senluo *dian*.³

La multitud de ogros que estaban frente al palacio, tan pronto vieron el cuerpo de Toshishun, lo llevaron arrastrando hasta el pie de una escalinata. En la parte superior, un rey vestido de negro y con una corona de oro, con aire majestuoso, miraba fijamente a su alrededor. Sin duda, se trataba del gran rey Yanmo,⁴ de quien antes había escuchado rumores; preguntándose qué es lo que le ocurriría, temeroso, Toshishun se arrodilló.

—¡Oye, tú! ¿Por qué estabas sentado en la cima del monte Emei?

La voz del gran rey Yanmo retumbó como un trueno, desde lo alto de la escalinata. Toshishun intentó contestar a esa pregunta de inmediato, pero otra vez recordó las palabras de Tekkanshi: “Por ningún motivo vayas a hablar”. Por eso, con la cabeza baja permaneció callado como si fuera mudo. En eso, el gran rey Yanmo alzó su cetro de hierro, lanzó injurias arrogantemente, a la par que se le erizaba la barba que le cubría la cara.

—¡Oye, tú! ¿Dónde crees que estás? Es mejor que contestes enseguida, si no lo haces, de inmediato te mandaré a los tormentos del infierno.

Pero Toshishun, como antes, no movió los labios. Al ver esto, el gran rey Yanmo en el acto se dirigió a los ogros y con brusquedad les ordenó algo; no bien lo hizo, los ogros al unísono le mostraron sus respetos y pronto arrastraron consigo al joven y alzaron el vuelo hacia el cielo sobre Senluo *dian*.

³ Senluo *dian*, “el palacio de Senluo”, es el lugar donde las almas son juzgadas. Ahí esperan a que se decida si serán enviadas al paraíso, al purgatorio o al infierno.

⁴ Yanmo Dawan: dios védico de la muerte; según la mitología budista, se convirtió en el rey de los infiernos.

Como todo mundo sabe, aparte de la montaña de espadas y el lago de sangre está el valle del fuego, llamado el infierno candente; y el mar de hielo, llamado el infierno del frío extremo; están uno tras otro bajo el cielo tenebroso. Los ogros, alternadamente, metieron a Toshishun en cada uno de esos infiernos. Recibió toda clase de crueles torturas infernales: las espadas le atravesaron el pecho, las llamas le quemaron el rostro, le arrancaron la lengua, le desgarraron la piel, lo machacaron con un enorme martillo, lo frieron en una cacerola de aceite, serpientes venenosas le sorbieron los sesos, un halcón gigante le comió los ojos... si enumeráramos esos sufrimientos, no terminaríamos nunca. A pesar de eso, él, con gran paciencia, apretó los dientes con fuerza y no dijo una sola palabra.

Ante esto, como era de esperarse, aun los ogros deben haberse quedado atónitos. Una vez más, sobrevolaron el cielo negro como la noche y regresaron frente al palacio Senlueo *dian*. En eso, al igual que antes, mientras Toshishun era arrastrado hasta la parte inferior de la escalinata, dirigiéndose al gran rey Yanmo, que estaba en la parte de arriba, le informaron a coro:

—No parece que este criminal esté dispuesto a decir nada.

El gran rey Yanmo frunció el entrecejo, se quedó pensando durante unos instantes y poco después, como si se le hubiera ocurrido algo, le ordenó a uno de los ogros:

—De inmediato trae aquí a los padres de este hombre, deben estar en el “camino de las bestias”.⁵

El ogro, sin demora, cabalgando sobre el viento echó a volar hacia el cielo del infierno. Al instante, como una estrella fugaz, descendió rápidamente frente al palacio Senlueo *dian* arreando a dos bestias. Al ver a esos animales, Toshishun se quedó atónito; la razón es que se trataba de dos caballos flacos de apariencia miserable, pero sus caras eran las de sus padres muertos, algo que ni en sueños podría olvidar.

—¡Eh! ¿Por qué estabas sentado en la cima del monte Emei? Si no confiesas ya, esta vez haré que tus padres experimenten terribles tormentos.

⁵ El camino que lleva al infierno. Ahí, los pecadores son convertidos en animales y sufren crueles tormentos.

Aunque Toshishun fue amedrentado de esta manera, se mantuvo sin responder.

—¡Qué hijo tan ingrato! Piensas que con que tú estés bien, no importa que tus padres sufran. ¿Verdad?

El gran rey Yanmo gritó con una voz tan espantosa que hasta el palacio Senluo *dian* estuvo a punto de desplomarse.

—¡Golpeen, muchachos, hagan trizas el pellejo y los huesos de esas dos bestias!

—¡Sí! —contestaron los ogros en coro y cogiendo sus látigos de acero, sin compasión, azotaron a los dos caballos por los cuatro costados. Los látigos silbaban cortando el aire y caían como lluvia por todos lados destrozando carne y huesos. Los caballos, los padres convertidos en esos animales, se retorcían de dolor y relinchaban mientras lágrimas de sangre asomaban a sus ojos. Era insoportable verlos en esas condiciones.

—¡Oye, tú! ¿Qué te parece? ¿Todavía no vas a confesar?

El gran rey Yanmo, por un momento, hizo que los ogros detuvieran sus látigos y una vez más apremió a Toshishun para que contestara. Para ese momento, los dos caballos, con la carne desgarrada y los huesos rotos, respirando con dificultad, yacían boca abajo frente a la escalinata.

Toshishun, lleno de desesperación, cerró los ojos fuertemente mientras recordaba las palabras de Tekkanshi. Justo en ese momento, a sus oídos llegó una voz apagada, casi imperceptible.

—No te preocupes, no importa lo que nos pase. Si por lo menos tú puedes llegar a ser feliz, para nosotros no habrá nada mejor. No importa lo que diga el gran rey, calla lo que no quieras decir.

Con certeza, ésa era la añorada voz de su madre. Toshishun, sin querer, abrió los ojos y entonces vio que uno de los caballos, postrado sin fuerza en el suelo, lo miraba a la cara fijamente, con tristeza.

La madre, aun en medio de tal sufrimiento, pensaba en los sentimientos de su hijo, sin mostrar ningún rencor por el hecho de haber sido azotada por los ogros. Al compararla con toda la gente que lo alabó cuando era inmensamente rico y que no le dirigió la palabra cuando cayó en la pobreza, ¡qué

bondad tan digna de agradecimiento!, ¡qué loable determinación! Toshishun, olvidando las advertencias del anciano, tropezando, corrió a su lado y con las dos manos abrazó el cuello del caballo agonizante, y mientras derramaba lágrimas gritó: “¡Madre!”.

VI

Cuando Toshishun tomó conciencia de su voz, estaba de pie con aire distraído bajo la puerta oeste de Luoyang, bañado por la luz crepuscular. Todo era igual que antes de partir al monte Emei: el cielo brumoso, la blanca Luna creciente, la ola incesante de carros y gente.

—¿Qué tal? Estuviste a punto de llegar a ser mi discípulo, pero no podrás convertirte en un genio ermitaño —dijo el viejo tuerto y bizco, mientras sonreía.

—No podré. No podré, pero, por el contrario, creo que me alegro de no haber podido llegar a serlo. —Toshishun, con los ojos llenos de lágrimas, sin pensarlo, apretó las manos del anciano—. No importa qué tan cerca estuve de convertirme en ermitaño, pero no podía permanecer callado al ver que mis padres eran azotados frente al Senluo *dian* allá en el infierno.

—Si te hubieras quedado en silencio... —El anciano de pronto puso una cara solemne y miró fijamente a Toshishun—. Si hubieras permanecido callado, yo habría pensado en quitarte la vida en el acto. Ya no puedes tener esperanzas de llegar a ser un ermitaño, naturalmente debes estar hastiado de volverte rico. Entonces, de ahora en adelante ¿qué quieres ser?

—No importa lo que sea, tengo la intención de ser una buena persona y llevar una vida honesta.

La voz de Toshishun mostraba un tono alegre que antes no tenía.

—No olvides esas palabras. Hoy será la última vez que nos veamos.

Mientras decía esto, Tekkanshi ya había echado a andar, pero, de pronto, se detuvo y volviéndose hacia el joven agregó con aire de satisfacción:

—¡Oh! Qué suerte, me acabo de acordar: en la ladera sur del monte Tai tengo una casa, te la doy con todo y sus campos de cultivo; sería bueno que de inmediato te fueras a vivir ahí; en esta época alrededor de la casa, por todos lados, ha de estar lleno de flores de durazno. ❖

